

Una exposición y una biografía nos devuelven al artista

Por fin Durrio vuelve a casa

María Amezaga

NO hay olvido que cien años dure, pero casi. Eso pensaría Paco Durrio si no hubiera fallecido en 1940 en París y pudiera, por tanto, leer hoy esta reseña sobre su vida y obra.

Como si de un acto de justicia poética se tratara, coinciden por estas fechas y en esta ciudad que lo acogió y formó dos circunstancias que lo devuelven al primer plano de la actualidad cultural y que de alguna forma compensan ese olvido tan poco justificable a tenor de lo mucho que una y éste se complementaron mutuamente.

Por un lado, el Museo de Bellas Artes de Bilbao ha inaugurado recientemente una exposición monográfica e integral que recoge gran parte de sus creaciones como escultor, orfebre y ceramista, *Francisco Durrio (1868-1940). Sobre las huellas de Gauguin*; y por otro, la Fundación Bilbao 700 y Muelle de Urbitarte Editores, al amparo de la colección *Bilbaínos Recuperados*, publica su biografía bajo el título de *Paco Durrio. Viviendo París*. Por fin Durrio vuelve a casa.

Y eso que nunca se marchó del todo, o mejor dicho, siempre hubo una parte de él cerca de nosotros, en nuestros paseos cotidianos por el parque de doña Casilda Iturrizar, o en las visitas al Museo de Bellas Artes de Bilbao.

Así fue como me topé por segunda vez con Paco Durrio, empujada por el subconsciente y recordando vagamente que ya habíamos sido presentados con anterioridad. La primera, en cambio, fue producto de la casualidad más rutinaria: siendo muy joven me llamó la atención durante un paseo el monumento dedicado a Juan Crisóstomo de Arriaga y quise conocer el nombre de su autor. Poco más trascendió de aquel encuentro. Años después, cursando un posgrado de Arte en la



Durrio (en el centro con una guitarra) con un grupo de amigos, c.1886



Trabajando en su taller, c. 1918

De espíritu incansable e indomable, libre de prejuicios, humanista, perfeccionista, con la amistad siempre por bandera

Universidad de Deusto, me vino a la cabeza ese flechazo juvenil y decidí sumergirme más a fondo en la figura de este personaje errante, jovial, creativo, bohemio, bonachón y coherente con sus principios hasta la médula. Un tipo tan interesante como enigmático por la escasa información disponible a pesar de haber sido amigo íntimo de *deidades* como Picasso, Gauguin, Zuloaga o Unamuno. El reto estaba servido.

Tras una larga investigación, entre París y Bilbao, pasando por distintos archivos, museos, bibliotecas y colecciones privadas, reuní una ingente cantidad de datos, la mayoría inéditos y pude hacerme una idea global del universo en que se desarrolló este famoso desconocido.

Nacido en Valladolid el 25 de mayo de 1868, de padres galos expatriados laboralmente en España, pronto se trasladó a la capital vizcaína donde se crío, creció y tras un corto periodo en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao, allá por 1881, marchó a Madrid para formarse como escultor en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, regresó al Botxo y tras una breve pero fructífera estancia de allí partió a París, financiado por un industrial y mecenas vizcaíno, Cosme Echevarrieta.

Ya instalado en París —sin romper por ello el hilo con su familia y colegas en la capital vasca a la que retornaba frecuentemente tanto por motivos personales como profesionales— a principios del siglo XX entró en contacto con las vanguardias del

momento y las adoptó como propias hasta el final de sus días aun cuando éstas ya no fueran más que unas corrientes *demodé*. Durrio fue y ejerció de artista complejo —en el mejor sentido de la palabra—, autor de una importante obra transformadora en todos los campos en que se desempeñó.

Asimismo, libró un papel fundamental en la difusión de las propuestas sintetistas de Paul Gauguin, su camarada e idolatrado maestro.

Su obra escultórica más relevante, aparte del mausoleo de la familia Echevarrieta, es el conocido monumento al compositor Juan Crisóstomo de Arriaga. Fue el primero que rompió con los usos de la época al simbolizar el homenaje sin la figura del homenajeado. En su lugar, una musa que llora y toca el arpa (el mito que me cautivó).

Al Durrio ceramista le interesó sobre todo investigar las posibilidades expresivas y decorativas de las tierras y de los colores sometidos al fuego. Adquirió sus primeros conocimientos técnicos en el taller del ceramista Ernest Chaplet, y consiguió que sus piezas —jarrones, flore-



Retrato de Paco Durrio, c. 1924. Juan de Echevarría

ros, ceniceros— de líneas sinuosas y decoradas con esmaltes, llamaran la atención de Stéphane Mallarmé o Charles Morice, entre otros gurús. Recién arribado a la capital gala, otro genio en ciernes, Picasso, moldearía sus primeras cerámicas en el estudio de Paco Durrio en Montmartre.

En su afán por innovar en esta disciplina, Durrio llegó a diseñar —cual ingeniero— un prodigioso y descomunal horno que prometía revolucionar las dimensiones y posibilidades de la cerámica y que finalmente se convirtió en una losa financiera y en otro de sus emprendimientos inconclusos por falta de recursos.

Como orfebre trabajó sobre todo con el oro y la plata, aplicando distintos tipos de pulido. Realizó diseños y posibilidades de la cerámica y que finalmente se convirtió en una losa financiera y en otro de sus emprendimientos inconclusos por falta de recursos.

Como orfebre trabajó sobre todo con el oro y la plata, aplicando distintos tipos de pulido. Realizó diseños y posibilidades de la cerámica y que finalmente se convirtió en una losa financiera y en otro de sus emprendimientos inconclusos por falta de recursos.

Esta lucha constante por defender sus postulados contra viento, azar y mercado, le trajo más penurias que alegrías y por ese motivo tuvo que



desprenderse en pésimas negociaciones de algunas obras más que formaban parte de su preciosa colección privada, fruto de la amistad y colaboración con los creadores más influyentes del momento.

En paralelo a todos estos ejercicios de supervivencia, también realizó labores de intermediación consultoría para diversas instituciones públicas y privadas del País Vasco, permitiendo que éstas adquiriesen lienzos y piezas de suma importancia para sus catálogos permanentes convirtiéndose así en una especie de puente o mirador de este lado de la frontera hacia la modernidad del resto de Europa. Esa fue, otra de muchas conexiones bilbainas siempre mantuvo y cuidó.

Bohemio por vocación y costumbre, “yo sigo siempre prisionero de esta bohemia, de la que todos los días me hago por librarme y tan estériles”. Alegre y divertido era leal y fiel a su seres querido especial a su compañera Lucie la que convivió hasta su muerte con espíritu incansable e indomable libre de prejuicios, humanista, perfeccionista, con la amistad siempre por bandera, bondad generoso hasta la exageración, de él Fernand Olivier en sus memorias: “Durrio era bajito, rechico, curioso, de un temperamento firme, original, artista, sincero, morado del arte, tenía dos adicciones: Gauguin y Picasso”. Si da, Arte es Durrio. Que no se vuelva a olvidar.